

18 EL SIMBOLO, CONSCIENCIA Y NO CONSCIENCIA: ASPECTOS CLINICOS

CONTENIDO:

1. Introducción
2. Variedades del símbolo
3. Signo, símbolo, la vigilancia y lo no consciente
4. Consideraciones finales
5. Bibliografía

1. INTRODUCCION

Se ha enunciado en múltiples ocasiones la imagen de que el símbolo muestra y oculta, sin embargo sugerimos aquí que el símbolo no oculta, tan sólo muestra. De no ser por el símbolo sería la noche oscura en un señor sin sueños y el silencio vacío de los opuestos no elaborables por el signo.

Pero al mostrar lo hace de su modo propio, contorneando y, en una aproximación rápida, dando la impresión de desfigurar. Evidentemente estas reflexiones implican que no estamos en el marco clásico de la represión freudiana cuyo producto es el símbolo entendido –más o menos- como camuflaje (Jones, 1). **Los materiales psíquicos no son oscuros o ambiguos porque entre en funciones el símbolo sino porque son oscuros y ambiguos son elaborados por el símbolo.** Es verdad que con ello el problema -en parte- no se resuelve, se retrotrae: la pregunta siguiente sería, ¿y por qué son oscuros y ambiguos los materiales psíquicos en esa, y concretamente esa, persona?. En todo caso en este trabajo nos limitaremos –desde nuestra perspectiva- a plantear ciertos modos cognitivos de elaboración mental y sus implicaciones en la claridad de consciencia. Frege (2) distinguía en el pensamiento un aspecto psicológico (procesos del pensamiento subjetivos) y una vertiente lógica (contenidos del pensamiento objetivos). Buhler, citado por Popper (3), distinguió en el lenguaje verbal tres funciones, de menor a mayor

complejidad: la expresiva, la comunicativa y la descriptiva. A estas últimas añade Popper (3), una cuarta: la función argumentadora o crítica. “El lenguaje humano es descriptivo –escribe el último autor- en el sentido de que podemos contar una historia que es verdadera o falsa. Y esto conduce a las diversas operaciones lógicas de negación o rechazo –esto es, a la crítica (p. 135)”. Según el último autor (3) las funciones superiores del lenguaje (descriptiva y crítica) han permitido una conciencia más plena del tiempo, la formulación de preguntas (los problemas, antes sentidos tan sólo, se objetivan), el desarrollo de la imaginación (creación de narraciones, mitos...), la invención y el afianzamiento en la tradición cultural.

En este trabajo sin embargo nos situamos en una corriente que ve en el lenguaje verbal una función, de diferente tipo, que se dirige al corazón del psiquismo: **el lenguaje expresa, comunica, describe, argumenta, pero sobre todo elabora los materiales psíquicos. El lenguaje posee signos y símbolos, lo que define estos últimos es su capacidad, en el plano del contenido, de unificar en su significado los opuestos** (Trevi, 4). La existencia del símbolo tampoco responde a un resto funcional arqueológico; el símbolo es constantemente utilizado y es imprescindible porque responde a problemas ineludibles en el ser humano. De otro modo, ¿cómo explicar que el mundo ligado al símbolo ocupe un lugar tan prominente incluso en lo más granado de la creación artística?, ¿cómo entender que todo el lenguaje verbal no haya tendido hacia el signo?, ¿cómo entender la posición del pensamiento mítico en todas las sociedades humanas cualquiera sea el desarrollo tecnológico?...

En los espectros del signo y del símbolo conviene dejar por sentado que de lo que se trata es de “enunciados-símbolo” o de “enunciados-signo” que por facilidad en la utilización de los términos denominamos de un modo resumido como “signo-signo” o “signo-símbolo” o aún “signo” o “símbolo”.

Signo y símbolo, pensamos, tienen mucho que ver no solo con el manejo –cognitivo- de los opuestos (conflictos) sino también con la consciencia y la no consciencia de los materiales psíquicos (Zuazo, 5), asuntos estos que abordaremos en las líneas que siguen.

2. VARIEDADES DEL SIMBOLO Y ELABORACION DE LOS CONFLICTOS

NOTA SOBRE EL SIMBOLO:

A partir del 2004, y en los trabajos posteriores, distinguiremos en la elaboración del símbolo:

- Sb: como símbolo habitual o simple pareja del signo. Asume en su contenido varios significados.
- Sb1: como modo de elaboración de los opuestos contrarios. El símbolo suma contrarios en su contenido.
- Sb2: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios.
- Sb3: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios “absolutos” (caso posible de las esquizofrenias, las melancolías y las manías).

Clásicamente en los signos verbales podemos distinguir **el signo propiamente dicho (que pudiéramos denominar “signo-signo”) y el símbolo (o “signo-símbolo”): el segundo tiene como particularidad su capacidad de presentar en el plano del contenido dos –o más- significados simultáneamente.** No se trata pues de una homonimia con significados alternantes sino de que en esa misma aperccepción se capta la dualidad (por ejemplo en la balanza de la justicia) e incluso, un poco más allá, pudiendo ser transparente para la conciencia el rasgo (similitud/diferencia) que enlaza ambos contenidos (en nuestro ejemplo el peso/equilibrio).

Ahora bien –y queremos insistir en ello- el símbolo en este sentido (“signo-símbolo”) puede ser enunciado, de hecho lo es, y –para ser consciente- no requiere aclaraciones, reflexiones, ni relatos. **Cabría preguntarse porqué existe, porqué no hay solo signos (“signos-signos”), ¿responde a un requerimiento exclusivamente lúdico o estético?; creemos que no:** este “signo-símbolo” (al que llamaremos Sb1) posee sobre todo motivaciones “económicas”, de aprovechamiento de recursos cognitivos. Al fin y al cabo, saltando de nivel, es también el interés de gráficos (señales) y diagramas, el ahorrarnos un “palabrerío”... Pero el tema va más allá, en el ejemplo propuesto (balanza de la justicia), la balanza nos ahorra el expresar más detalladamente cómo pensamos –“ideológicamente”- que en un período determinado debe de comportarse la justicia. ¿Pero qué sucede cuando queremos hablar de sentimientos, de sensaciones?: según Sperber (6) habremos de recurrir necesariamente a lo que llama “el simbolismo” porque ponemos memoria de reconocimiento pero no memoria de evocación para lo olfativo; de ahí la fuerte carga de símbolos –y de afectos- en las evocaciones (mediante símbolos) olfativas.

Tal vez, en el sentido de que la organización del símbolo se pone en marcha para la elaboración de las oposiciones y conflictos ante las que fracasa el signo, podemos seguir a Levi-Straruss (7) cuando compara el pensamiento mítico con la actividad de bricolaje. La elaboración mediante el signo (como el ingeniero) utiliza elementos de conjuntos estructurados específicamente diseñados para los fines propuestos; **la elaboración**

mediante el símbolo se vale de “residuos y restos de acontecimientos (p. 42) “que están dotados de significaciones previas con las que es preciso contar. Pero la organización del símbolo, como lo afirma el último autor (p. 43) para el pensamiento mítico, “no es solamente prisionero de acontecimientos y de experiencias que dispone y predispone”, sino que es también liberador por la protesta que eleva contra el no-sentido”, y contra lo no pensable diríamos nosotros. **Así pues surgiría el símbolo (Sb1) allí donde el signo (“signo-signo”) se muestra moderado o fuertemente incapaz para “hablar” de determinados temas.** Señalamos que la incapacidad propuesta no significa –necesariamente- que los signos se lancen a elaborar materiales psíquicos “ideativos” sin engarce significante; el problema nos llevaría a las discusiones en torno de significados flotantes y a la existencia de un pensamiento sin lenguaje (verbal). En todo caso bien pudiera tratarse de que la elaboración mediante símbolos verbales “trabajo” con signos previos de carácter opuesto. Y, entiéndase, el lenguaje verbal, la lengua, es ante todo un procedimiento de elaboración cognitiva.

El asunto no está terminado, y el siguiente paso –desde nuestra perspectiva- tiene mucho que ver con la consciencia y la no consciencia. AB es un paciente con diagnóstico de neurosis obsesivo compulsiva que apenas sobrepasa la treintena; nuestro hombre, de profesión enseñante, es hijo de un padre del que se ha sentido menospreciado “sin darle –dice- mayor importancia al hecho”. AB, entre sus rituales, presenta dos comportamientos que pone en relación con “que me venga a la cabeza Fernando (su jefe inmediato): si ello le sucede en casa debe de lavarse las manos en un gesto vivido egodistómicamente, “si me pasa, concretamente, en la cocina tengo que mirar una baldosa y dar vueltas sin pisarla” (se trata de una baldosa “contaminada” por un recuerdo relacionado con Fernando). Ahorraremos las asociaciones de AB entre su lavado de manos y Poncio Pilatos (nuestro paciente posee fuertes convicciones religiosas), así como las implicaciones asociativas –conscientes- que relaciona a Fernando con su padre. Reintroduciéndonos en el tema del símbolo diremos que AB quiere a su padre y lo considera un fundamental aporte de valores para él, por otra parte –y la madre juega en ello un importante papel que no describiremos para el tema que nos ocupa- AB detesta entrañablemente muchos comportamientos/discursos de su padre hacia él. Fernando se presenta en una situación objetal similar al padre y nuestro paciente desarrolla con respecto al primero una serie de síntomas –a menudo enlazados en las asociaciones- que tienen relación con ambos: (i) AB quiere a Fernando (como fuente de cuidados y valoración); (ii) AB no quiere a Fernando (anhela destruirlo).

Los contradictorios no son manejables, AB –su lenguaje- carece de signos que elaboren el conflicto: en un primer movimiento –no consciente- se forma una unidad que asume ambas cualidades relacionales de la cual no puede hablar (y en la cual no puede “pensar” conscientemente), en un segundo movimiento se disocian ambos aspectos: hay un Fernando respetado, considerado (“así con sus defectos”) y una baldosa, un lavado, un comportamiento que se hace discurso, enunciado como relato. Ni el primero es el “signo-signo” Fernando, ni el segundo lo es como “baldosa”, ambos son símbolos (Sb1) con el plano del contenido modificado. **Tal vez son también los movimientos que se dan en un tipo de relato, clásico como los haya, el cuento (de hadas): el primer paso sería “indecible” y correspondería**

por ejemplo a “madre/abuelalobo” o a “principesapo”, que en un segundo nivel se trastoca (disocia) en madre/abuela dulce y lobo agresivo, ó en bello/seducor príncipe y sapo húmedo/asqueroso. El transcurrir del tiempo en el relato permite enunciar (y pensar conscientemente) las alternativas o alternancias.

Se da –evidentemente- una diferencia, distinción más bien, importante entre la balanza (de la justicia) y el “principesapo” o la suma de relaciones con “Fernando” contradictorios: en el primer caso estamos ante el símbolo (“signo-símbolo”) en su acepción habitual que hemos llamado símbolo 1 (Sb1), en el segundo caso ante lo que –por comodidad de lenguaje- denominaremos símbolo 2 (Sb2). Este último es innombrable y asunto –quizá- de un “instante” cognitivo” que rápidamente estalla en la doble propuesta (“príncipe” y “sapo”).

Mencionaremos a modo de resumen algunos de los aspectos tratados: (i) coincidencia en el mismo tiempo y espacio de dos situaciones relacionales (y de objetos) contradictorios (Zuazo, 8); (ii) elaboración cognitiva inicial mediante el recurso del Sb2; (iii) elaboración consecutiva en la que se dibujan dos signos (propriadamente enunciado), separado en el tiempo o/y en el espacio, que poseen cualidades de símbolos (Sb1) relativamente conscientes (“preconscientes” en su caso).

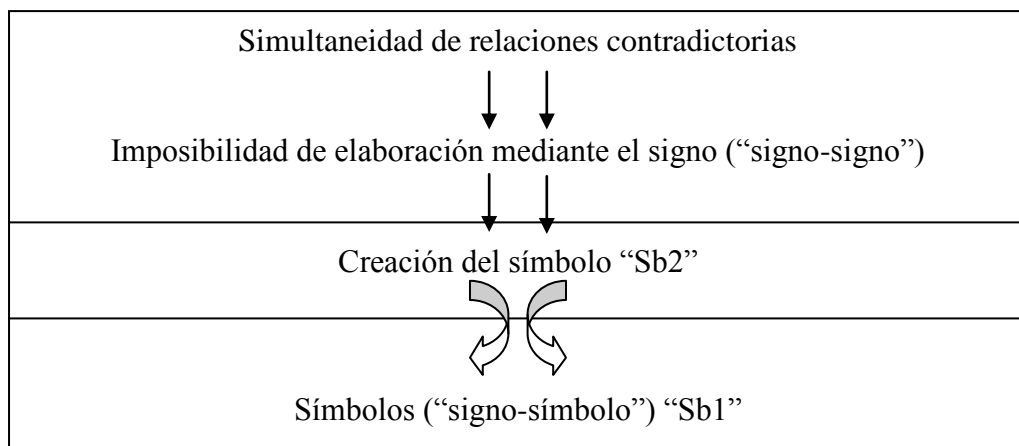
AC, jovencita estudiante, dice sentir repugnancia –que adjetiva como “inexplicable” y “exagerada”- de que le toquen o esbocen caricias los miembros de su familia con la que reside, en especial (y cierra los ojos al decirlo) las emociones surgen ante el padre. AC es brillante en sus estudios que realiza –para alegría de su padre que los valora grandemente- con extraordinario éxito; contrariamente –y fue el motivo de consulta- se muestra “apagada y sin ganas –dice- para poderme relacionar, para salir de casa, es un sufrimiento hacerlo”. Son de interés para el caso de AC, dos vertientes: (i) los frecuentes mensajes del padre (“desde que yo era pequeña”) sobre los peligros que acechan a las chicas por parte de la supuesta sexualidad desbordante y agresiva de los hombres; (ii) el desarrollo de los síntomas (no salir de casa, replegarse) coinciden con su buen acontecer estudiantil (“antes no era así”).

Resumiendo, y desde la perspectiva del manejo de los contradictorios, con cierta caricaturización, podemos decir lo siguiente: (i) AC quiere aproximarse al padre; (ii) AC no quiere aproximarse al padre en tanto la relación está sexualizada (“genitalizada”). AC como sujeto teme la relación sexual con el padre por razones –“edipianas”- dobles: la relación sexual implica su absorción y pérdida de identidad en la relación con el padre y también una acción aniquiladora por parte de la madre (“castración”). El objeto paterno parece decir al sujeto (que, por otra parte, anhela sea así): “si me quieres, si quieres que te quiera sólo hay un modo, forma pareja conmigo”. De hecho AC no era “inconsciente” de esas alternativas que al ser señaladas le resultan más que familiares; del mismo modo que a AB los “juegos” no le eran totalmente desconocidos, el objeto de tinte paterno “Fernando” parecía decirle: “o estás conmigo o estás contra mí” en una exigencia de sumisión absoluta, humillante y con grave peligro de pérdida de la identidad.

La contradicción en AC comienza su elaboración en un movimiento ligado al símbolo (Sb2) que suma “indecidiblemente” (no conscientemente) ambos opuestos. De allí surgen dos actitudes que responden a enunciados “conscientes” y “dichos”: (i) mantiene la proximidad con el padre a través de la eficacia en las tareas estudiantiles asignadas y en la evitación del “callejear” según sus palabras, (ii) dibuja la separación del padre en el disgusto a ser “tocada” por él. Las “notas” excelentes fruto de su dedicación al estudio son –con relativa transparencia para la paciente- casi caricias sustitutivas del padre: el estudio/los frutos de ello se comportan como un símbolo (Sb1). Conviene revisar la “repugnancia” que dice sentir AC: su sorpresa ante ello va más allá de la supuesta “transformación en su contrario”, de hecho la forma de relatar esas situaciones reflejan un cierto placer, un poco según el modo de sensación del vértigo, displacentera y a la vez con alguna carga de atracción jubilosa. En todo caso muy pronto en la psicoterapia AC es consciente de ese doble empuje en las caricias y los “toqueteos”. Una vez más estamos en el dominio del símbolo (Sb1).

Con algunas diferencias de terminología (“dispositivo conceptual” por sistema de la lengua/organización del signo y “dispositivo simbólico” por organización del símbolo) y de rango dado por nosotros a la simultaneidad de los contradictorios (en el sistema de relaciones objetales), seguimos a Sperber (6) cuando escribe: “el dispositivo conceptual jamás trabaja en vano; cuando una representación conceptual fracasa en establecer la pertinencia de su objeto, conviértese ella misma en objeto de una segunda representación. Esta segunda representación no depende ya del dispositivo conceptual, que se ha revelado impotente, sino del dispositivo simbólico, que toma entonces el relevo. El dispositivo simbólico trata de establecer, por sus propios medios, la pertinencia de la representación mental defectuosa (p. 142)”. El autor afirma que el material psíquico imposible de elaborar es “puesto entre comillas” (p. 176) y “tratado simbólicamente”, de este modo el “input” de la organización del símbolo será el “output” de la organización del signo (los materiales opuestos desde nuestro punto de vista); trabajado ese “input” en la organización del símbolo, y tras el pasaje por el Sb2, el material es devuelto a la organización del signo en forma de lo que hemos denominado Sb1.

Representaremos gráficamente el proceso:



Daremos un paso más para el tema que nos ocupa y recurriremos al **concepto de “juego de salón”**: juguemos a que “Caracas es la capital de Venezuela y que ese país se encuentra –“realmente”- en el norte de América del Sur”. Entonces: sus habitantes son capitalinos (tautología con respecto al carácter de capital), y –en general- los venezolanos pasan más calor que frío (conclusión ligada a su posición con respecto al ecuador). En la tautología hay “verdad” analítica, la temperatura de Venezuela es un suceso (externo) que corresponde a la propuesta del calor que baña a sus habitantes; en ambos casos las condiciones lógicas son diferentes pero lo que aquí nos interesa es que la convicción de realidad es similar. Las percepciones están cargadas de evidencia: esta mesa está aquí y la toco; si suelto un objeto, sin superficie intermedia, cae al suelo y ello se repite una vez tras otra. La percepción inmediata y los razonamientos consecutivos a reacciones repetidas se completan con el consenso cultural que también genera evidencia: nunca he visto Caracas pero sé –con seguridad- que es una capital existente en un país situado en un continente (América) realmente presente en el mundo.

También podríamos jugar a que “Caracas es un río de Venezuela y que este país se encuentra –realmente- en un lugar vecino a la Antártida”. En este caso quien mete el pie en Caracas se moja y sus aguas están frías. Pero habría también otros juegos del género: “juguemos como si fuera verdad que... aunque realmente no lo sea”.

En el juego de salón del equilibrio de la justicia, la balanza es “como si” fuera la justicia en tanto esta debe de ser equilibrada; el “como si” cubre –realmente- una “parte” de lo que debiera de ser la justicia, una “parte”, puesto que nadie se sentaría ante la balanza esperando un veredicto.

AC siente –realmente- repugnancia ante el brazo, tendido hacia ella, de su padre... “ya sé que es exagerado –dice- con alguna satisfacción- pero es que no me gusta que me toque”. AB se muestra –realmente- desazonado si pisa inadecuadamente la baldosa... “no entiendo por qué –dice- pero es así”. En ambos casos no hay “como sies”. El juego de salón, en tanto comentario “esto es verdad”, es la genitalidad del gesto en un caso y el impulso agresivo/objeto a agredir en el otro.

De este modo vemos desarrollarse los sucesos de una forma similar en cada caso, el punto grávido diferencial está situado en la proposición (X) y su comentario inicial: “juguemos como si fuese verdad que (X)” en unos casos, “juguemos siendo verdad que (X)” en los otros. Mientras que en la balanza de la justicia el “como si” tiene que ver con una parte de la realidad de la proposición y “el río Caracas” con la ausencia de realidad, “la ciudad Caracas”, “la mesa que toco”, la repugnancia de ser tocado, o la baldosa que evito pisar son proposiciones con un comentario: “son verdaderas”.

Si el juego de salón “verdadero” consiste en un enunciado (X) que se hace proposición de un comentario del género: (X) es verdadero (ya sea analíticamente, por experiencia “somática” o por aceptación del consenso de los eruditos), los Sb1 productos de Sb2 (símbolo no consciente que suma los contradictorios) vienen igualmente cargados de realidad.

3. SIGNO, SIMBOLO, LA VIGILANCIA Y LO NO CONSCIENTE

“Los fenómenos hipnagógicos –escribe Sartre (9, p. 90)- no son contemplados por la consciencia: ellos son la consciencia misma”. Se trata de una “consciencia encadenada” incapaz de tomar distancias en una atmósfera fatalista donde a un hecho –fuera de control alguno del sujeto- le sigue obligatoriamente otro. Sin embargo, ¿hay duda de que soy yo la primera persona de mi sueño?, el soñante es siempre protagonista –así sea como observador- del sueño, tiene de él la experiencia evidente e inmediata, y así lo rememora en la vigilia cuando el sueño es recordado. Que se dé una dilución del individuo en los personajes que pueblan su sueño no impide esta afirmación: hay también una particular actualización experiencial del soñar mientras se sueña. Decisión “particular experiencia” puesto que para el soñante las trabas con respecto al manejo del espacio, del tiempo y de las oposiciones están ausentes o en su caso son utilizadas para otros menesteres. Sin embargo el soñante sueña en tanto sujeto que se relaciona con los objetos, que puede perderse en la absorción (unión excesiva) o ser aniquilado en la separación excesiva, y todo ello pudiendo generar miedo, angustia, tristeza... El pensamiento y el signo verbal siguen un curioso curso en el soñar: a menudo los significantes saltan y viajan, se cambian de maneras inconcebibles para la vigilia; ciertos signos parecen independizar su significante en sonidos –supuestamente verbales- pero literalmente masticados. Y todo sin sorpresa, en la plena “normalidad” de los acontecimientos imbuídos en la “realidad” del soñante. **Tal como lo entendemos en estas líneas el soñar es el dominio del símbolo (Sb1) en todo su esplendor y precisamente cuando los “signos-signos” hacen su aparición por encima de un mínimo umbral el soñante se despierta o, a veces, sueña que sabe que sueña... Algo debe de haber en la vigilancia, en el “estar despierto”, que relaciona ese estado con el signo-signo, sugerimos que es justamente el predominio de este último sobre el símbolo.**

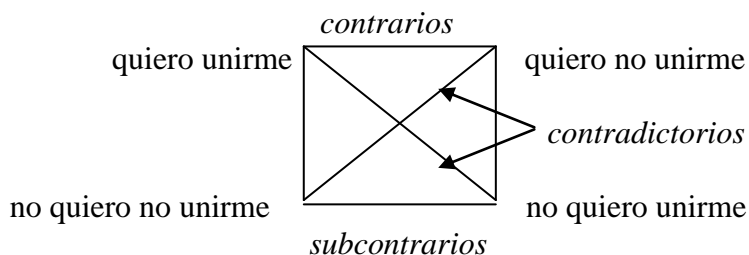
Supongamos un individuo Y que anhela estar próximo a su padre porque le gratifican sus valores y su compañía, y a la vez quiere separarse porque le atosiga su constante supervisión. Si la “intensidad” de los afectos/sentidos es leve, Y podrá mantenerse sin recurrir a símbolo alguno; pero si la intensidad es mayor podrá construir su particular “relato” ligado al Sb1: por ejemplo dedicando sus estudios a la ingeniería (a la que le incitaba su padre) y especializándose en el periodismo científico, o haciéndose un erudito en su personaje favorito: Brutus. En cualquier caso el recurso al Sb2 no ha sido necesario y, por otra parte, X con relativa facilidad se torna –en la reflexión o en la psicoterapia- consciente de los acontecimientos. Cuando algo preocupa con cierta intensidad, sea una relación con alguien, sea incluso un trastorno corporal, sea un principio o valor, cuando en ello hay carga afectiva importante, el signo comienza a fallar, y lo hace porque toda preocupación de cierto rango implica conflicto... y el Signo Está mal dotado para este tipo de menesteres.

El sujeto no elige entre el signo o el símbolo, como no elige sus preocupaciones, “el corazón tiene razones...”, si los materiales psíquicos en un momento determinado son de

ese género (“preocupaciones”) el símbolo entra en acción puesto que tal vez es el único modo de “pensarlos”.

Esas preocupaciones en última instancia siempre son asuntos que relacionan al sujeto con uno o varios objetos de modo conflictivo. **El signo necesita de una vigilancia que a su vez requiere del signo. La lucidez de la conciencia parece un requisito para que los “signos-signos” ocupen el rol preponderante (y viceversa). Sin embargo, en las preocupaciones descritas también hay lucidez: cuando describimos los símbolos en la preocupación, de hecho lo que se da es un mayor porcentaje de “signos-símbolos” (Sb1) que en la lucidez sin preocupación. Cuando cae la vigilancia los “signos-símbolos” comienzan a cobrar mayor preponderancia, la ensoñación diurna es un grado intermedio, el soñar el grado extremo, donde no hay, casi, sino “signos-símbolos” (Sb1).**

En un sentido estricto no hay un sujeto que ponga en marcha la elaboración por el símbolo, el proceso inicia su trabajo –pudiéramos decir de manera automática- cuando se presenta cierta dimensión en el conflicto. Ahora bien, hemos tratado sobre el conflicto de elementos, inicial, mediante el Sb2; sin embargo hay otros conflictos de menor rango, que tienen que ver –siguiendo la terminología del “cuadrado lógico” (Gallais, 10)- con los elementos contrarios a los subcontrarios (por economía prescindiremos de los movimientos nacidos en los objetos):



Si observamos con atención el cuadro, el “no” de la contradicción se refiere al querer del sujeto; el “no” de la contrariedad y de la subcontrariedad se desliza hacia el unirse o el no unirse dejando libre el querer.

La propuesta es que los pacientes citados AB y AC presentan un conflicto de contradictorios –quieren y simultáneamente no quieren-, de ahí el necesario recurso al Sb2; mientras que cuando coinciden los contrarios o los subcontrarios ese recurso no es necesario y bastará con la elaboración directa mediante el Sb1.

En el lapsus podemos encontrar parecidas alternativas, tomemos el – ya famoso- paraguas que me dejó en la consulta del psicoanalista, el suceso puede presentarse como: (i) “signo-signo” cuando lo hago pensando en que mañana va a llover y a diferencia de hoy, no tendré transporte para el retorno; (ii) “signo-símbolo” (Sb1) “directo” cuando quiero (y me lo exigen) irme pero –a la vez- quiero no irme; (iii) “signo-símbolo” (Sb1) consecuencia de un previo símbolo (Sb2) cuando –y de ello nada sé- quiero irme y no quiero irme.

4. CONSIDERACIONES FINALES

Desde las posiciones de la conciencia del sujeto, de la conciencia de mi mismo (si), de los objetos y de las relaciones y emociones (Zuazo, 11), se presenta un gradiente de consciencia de los “materiales” psíquicos que va de la dominante opacidad a la claridad (aunque siempre relativa). Postulamos en estas líneas que esos diferentes grados tienen que ver –más allá de la vigilancia- con el equilibrio signo/símbolo.

Seguimos a Sperber y Wilson (12) cuando afirman que el lenguaje no es fundamentalmente un medio de comunicación, sino un procedimiento cognitivo en una función esencial de procesar la información. Elaborar un material psicológico corresponde a construir oraciones/proposiciones a partir de lo que el sujeto “oye enunciar, y también a partir de lo que siente, de lo que ve, de lo que toca, de los sonidos que oye y no son discurso (Sperber y Wilson, 12, p. 140)”. En realidad desde el momento en que sujeto y objeto relacionados forman el sistema de relaciones objetales, el lenguaje verbal deja de ser comunicación para convertirse en elaboración mental.

La elaboración mediante el “signo-signo” (signo verbal en sentido restrictivo en cuanto emparejado con el símbolo) tiene, al menos, dos requerimientos: (i) que se dé un suficiente nivel de vigilancia, (ii) que los materiales psíquicos a elaborar no presenten oposiciones contradictorias. En el primer caso la puesta en marcha del símbolo recordará el automatismo en Janet (13) y el órgano-dinámico (H. Ey, 14), en el segundo caso su origen será psicodinámico y conflictivo. Por otra parte hemos esbozado una distinción dentro del símbolo entre el Sb1 (elaboración de materiales contrarios y subcontrarios) y el Sb2 (elaboración de materiales contradictorios).

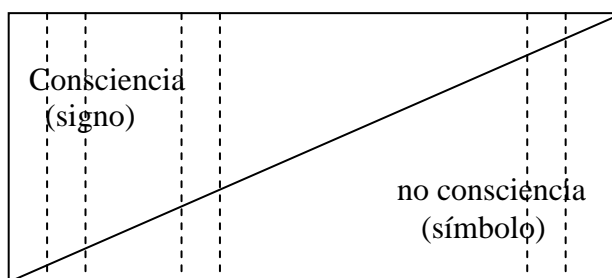
La conciencia desdobra la posición del sujeto que en ese movimiento se reconoce como tal, la organización del símbolo, el mito, en su dominación sobre el signo limita la autoconsciencia: “El dios está allí –escribe Merleau-Ponty (15)- cuando los fieles no se distinguen ya del rol que actúan, cuando su cuerpo y su conciencia cesan de oponerle su opacidad y se han fundido enteramente en el mito (P. 191)”.

Los conflictos inherentes al sistema de relaciones objetales se centran en la interacción (búsqueda de la distancia oportuna) del sujeto con sus objetos, sucesos que por definición corresponderían a la “memoria episódica” en el sentido de Tulving (16, pp. 385-386); a diferencia de la “memoria semántica” esta última inserta al sujeto de la experiencia en los acontecimientos, la memoria semántica es un asunto de “hechos”, mientras que la episódica es una memoria de “eventos” (Ruiz Vargas, 17). Postularemos que el carácter –dominantemente- “explícito” (Tulving, 16) de la memoria episódica tiene que ver con la elaboración de percepciones y acontecimientos (en primera persona) mediante el “signo-signo”. Más allá del problema de “encajar un concepto nuevo en la estructura preexistente de la memoria (Lindsay y Norman 18, p.459)” con los problemas ligados a las creencias previas, una dificultad de alto rasgo viene dada por

la simultaneidad de los opuestos ante la que precisamente la organización del símbolo toma el relevo del signo.

Rememorar no es saber o conocer, rememorar –como señala Ruiz Vargas (17)- es recordar y reconocer y ello de modo explícito; el conocer, sin embargo, se asienta en lo implícito: los materiales hegemónicamente elaborados por el símbolo son conocidos, pero no reconocidos. Por otra parte tal vez esa faceta del símbolo tenga que ver con las dificultades particulares para la evocación en la vigilia del mundo de los sueños nocturnos. Evocaciones que por cierto son en ocasiones fáciles en lo inmediato del despertar (memoria a corto plazo) y difíciles o imposibles tiempo después (memoria a largo plazo).

Genéricamente pudiera admitirse que hay, cada vez, solo una experiencia, una actualización experiencial: la que se posee (o nos posee) en cada instante. Contrariamente la consciencia que la acompaña es pesadamente variable: la experiencia es cualitativa, la consciencia es cuantitativa. Podemos representar gráficamente en un plano el grado de consciencia:



Los rectángulos entre líneas (a), (b) y (c) representan tres actualizaciones experienciales con otros tantos ejemplos de distribución distinta de la consciencia de los contenidos. Subrayamos que en el gráfico se superponen punto por punto los modos –ligados al signo y al símbolo- con el gradiente de consciencia de los materiales psíquicos. El gráfico permite también resaltar que aún la plena consciencia presenta una –así sea pequeña- parcela elaborada por el símbolo; en el otro extremo, y prescindiendo del estado de coma profundo o del dormir sin “sueños”, nunca el símbolo lo cubre todo. Penetrar el símbolo, llevarlo al signo, no es deducir ni inducir, analizar o sintetizar, es descubrir, sorprenderse. El pensamiento del símbolo es poesía, cautividad, magia para el pensamiento del signo, ¡cómo hubiera de ser de otra manera tal conciliación imposible!. Cuando realmente el símbolo nos maravilla es cuando hay ya mucho signo en esa experiencia, cuando experimentamos que las “cosas extraordinarias” del mundo del símbolo en realidad nos muestran lo “extraordinario de las cosas” (de la actualización experiencial). Ante el símbolo es opaco no consciente y a veces sufrimiento o franco síntoma.

5. BIBLIOGRAFIA

- 1) Jones E. La théorie du symbolisme. En: Théorie et pratique de la psychanalyse. Paris: Payot, 1969.
- 2) Frege G. Estudios sobre semántica. Barcelona: Ediciones Orbis, 1984.
- 3) Popper K R. El cuerpo y la mente. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1997.
- 4) Trevi M. Metamorfosis del símbolo. Barcelona: Anthropos, 1996.
- 5) Zuazo J I. Aspectos de la elaboración psicológica y organización del símbolo. Rev. de la Asoc. Esp. de Neurops.; 1995; vol XV; 55: 627-647.
- 6) Sperber D. El simbolismo en general. Barcelona: Promoción Cultural, 1978.
- 7) Levi-Strauss C. El pensamiento salvaje. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1964.
- 8) Levi-Strauss C. La estructura y la forma. Reflexiones sobre una obra de V.S. Propp. En: Polémica Levi-Strauss y V. Propp. 2ª Madrid: Fundamentos, 1982.
- 9) Sartre J P. L'imaginaire. Paris: Gallimard, 1975.
- 10) Gallais P. L'hexagone logique et le roman médiéval. Cahiers de Civilisation Médiévale 1975; XVIII année; 2: 1-14.
- 11) Zuazo J I. El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos. Anales Psiquiatría 1997; vol 13; 1: 31-40.
- 12) Sperber D, Wilson D. La relevancia. Madrid: Visor Dis, 1995.
- 13) Janet P. L'automatisme psychologique. Paris: Société Pierre Janet et le laboratoire de psychologie pathologique de la Sorbonne, 1973.
- 14) Ey H. La conscience. Paris: PUF, 1968.
- 15) Merleau-Ponty M. Phénoménologie de la perception. Paris: Gallimard, 1976.
- 16) Propp V J. Estructura e historia en el estudio de los cuentos. En: Polémica Levi-Strauss y V. Propp. 2ª ed. Madrid: Fundamentos, 1982.
- 17) Eliade M. Mito y realidad. 4ª ed. Barcelona: Labor, 1981.
- 18) Omnis L, Laurent M, Benedetti P et al. Le mythe familial. Concepts théoriques e implications thérapeutiques. Thérapie familiale 1995; Vol 16; 4: 331-349.
- 19) Zuazo J I. En torno al sistema de relaciones objetales: de la metáfora y la metonimia a la unión y la separación. Informaciones psiquiátricas 1996; 144: 153-164.
- 20) Tulving E. Episodic and semantic memory. En: Tulving E, Donalson W, eds. Organization of memory. Nueva York: Academic Press, 1972.
- 21) Ruiz Vargas J M. La memoria humana, función y estructura. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- 22) Lindsay P H., Norman D A. Introducción a la psicología cognitiva. 2ª ed. Madrid: Tecnos, 1986.